



Carlos Pazos © Laia Requesens. Cortesía de ADN Galería.

La herida luminosa

Burlón y sentimental, además de acumulador compulsivo de objetos triviales que en sus manos se llenan de significado, Carlos Pazos es una de las personalidades más arrebatadoras del arte español contemporáneo.

Marga Perera

Carlos Pazos (1949) ha estado en su Barcelona natal para su exposición en ADN Galería. Verle tan elegante como siempre me ha recordado su serie de fotografías de 1975, *Voy a hacer de mí una estrella*. La exposición actual, *Naufragios recientes*, una reflexión sobre el fracaso, mantiene la marca personal de su espíritu crítico y lúdico. En su obra, en esas acumulaciones de imágenes y de objetos en los que todo se superpone, el tiempo y la vida misma se van asomando y solapando a través de recuerdos y de experiencias vividas y soñadas, vinculado todo ello a la poética del objeto. Ahí puede verse una búsqueda de las relaciones secretas del hombre con las cosas, lo mismo que persiguieron los surrealistas, en su constante reflexión sobre la naturaleza

humana y su preocupación existencial y social.

¿Cuál fue su primera experiencia memorable con el arte?

Fue como espectador. De niño, en casa, oía hablar mucho de Dalí. La razón era que su maestro, el señor Trayter, era mi bisabuelo por parte de madre. Se había publicado *Confesiones inconfesables* y, al parecer, algunos comentarios que hacía sobre su maestro no habían agradado a algunos de sus descendientes, tíos y primos míos, muy religiosos y convencionales. Yo estaba fascinado por aquel personaje extravagante que pintaba con lo que yo podía entender como grandes dosis de locura. Me gustaban aquellas imágenes que escapaban a la realidad. En aquellos

momentos no pensaba en ser artista, estaba demasiado preocupado por la dificultad de ser. No obstante fantaseaba con la posibilidad de ser, un día, tan excéntrico como él. Algunos sábados por la tarde, con mi padre, aficionado al arte, visitábamos exposiciones. Un día fuimos al Saló del Tinell para ver la gran pintura que Dalí había realizado a partir de la batalla de Tetuán de Fortuny. Allí estaba él. En persona. El personaje me cohibió. Yo tenía 12 años y era de una timidez que rayaba en lo enfermizo. Pese a que mi padre insistía, no conseguí acercarme a pedirle una firma en el catálogo. Mi padre lo hizo, en parte como lección. Desde ese momento, esa firma y esa imagen me han acompañado en todos los lugares que he ido habitando.



Huyendo de mi mismo hacia una muerte súbita, Carlos Pazos, 2014.
© de la foto Roberto Ruiz, Cortesía ADN Galería

**Empezó estudiando arquitectura...
¿Cuándo comenzó a sentirse artista?**

He dicho en varias ocasiones que nunca he creído que el arte estuviera inscrito en mi programa genético. Avanzando en mis estudios de arquitectura, en un momento determinado decidí decantarme por construir poesía en vez de habitáculos. Aunque lo de estructurar espacios me sigue interesando mucho.

Utiliza objetos para crear escenas y narrar historias en las que se funden lo lúdico, la ironía y la crítica. ¿Podría hablar de la intencionalidad de su discurso?

Esencialmente siempre hablo de mí; de mis experiencias vitales, de mis sueños, de mis recuerdos, de mis anhelos... Mi intención es narrar en clave poética e

irónica, mi visión de un mundo que no me gusta nada. En consecuencia, intento construir otro mundo, más soportable, a través de una sensibilidad herida que intenta ver, aprehender y expresarse críticamente. Es también una forma de desnudarse y de exponerse, y como todo el mundo sabe, lo de desnudarse ni es fácil de hacer, ni está especialmente bien visto.

Actualmente se habla mucho de la cultura y del arte en un mundo global, pero según algunos expertos, lo que realmente está globalizado es la economía, el resto es una cuestión mucho más compleja porque, en cuanto a experiencia, nos hemos empobrecido, ¿cómo ve este empobrecimiento? Por otra parte, en su obra hay un pensamiento

profundo y recurrente: el fracaso de la modernidad, un descalabro que la sociedad nos presenta como salvado con la globalización. ¿Cómo lo ve?

No soy enemigo de lo moderno. Sí lo soy de la llamada modernidad, léase, del "mainstream", de la tendencia y de la moda. No soy, por supuesto, enemigo de lo moderno si con la palabra "moderno" nos referimos a lo que avanza. No soy un forofo de la tradición, al contrario, en general las tradiciones tienden a molestarme, pues suelen ser excusas para justificar atrasos y convenciones a menudo insoportables. Pero detesto que se eliminen señas de identidad en nombre del progreso; detesto ver cómo se borran de las fisonomías los rasgos característicos, cómo se eliminan las huellas de lugares, de paisajes o de épocas pasadas, uniformando decorados, actitudes y comportamientos. Evidentemente, estoy convencido de que todo esto contribuye a un empobrecimiento cultural que me entristece muchísimo. En cuanto al aspecto económico de la globalización, conocemos de sobra sus manifestaciones más evidentes y no creo que sea yo la persona adecuada para hablar de ello.

A menudo, en su obra aflora una cierta melancolía, que nos puede hacer sentir nostalgia por algo que no logramos definir...

La melancolía, el "spleen", son rasgos que definen muy claramente mi personalidad. La melancolía es una enfermedad. En la época de los griegos y hasta bien entrado el siglo XVIII se le llamaba la bilis negra. Al parecer tiene un componente bioquímico, ligado a la herencia genética y otro que proviene de una sensibilidad excesiva, vinculada a una visión romántica o idealista del mundo, rara vez compartida con la mayoría de los habitantes del planeta. Yo diría que el tiempo pasado fue mejor, no porque lo fuera en realidad, sino porque, y eso es lo que lo hace mejor, ya pasó. La nostalgia vendría a ser como el pariente cursi de la melancolía. Si de algunas de mis manifestaciones puede desprenderse cierto sentimiento de nostalgia, no seré yo quien lo niegue. A veces soy muy cursi.

En su obra es fundamental el objeto, ¿le gusta también coleccionarlos?, ¿se considera fetichista?

En ocasiones, los objetos que forman parte de mis "objetos de objetos",

que es como me gusta denominar a mis acumulaciones o piezas, han sido coleccionados con la intención de “ponerlos a trabajar” algún día. No todos llegan a encontrar trabajo. Pero no me importa, porque soy coleccionista compulsivo y me encanta poseerlos y cuidarlos. El día que uno o varios de ellos me comunican su capacidad de evocar una situación, acontecimiento o suceso que quiero contar, pasan a ser actores de ese teatro en el que interpretarán sus diluidos o difusos papeles narrativos. Bajo mi dirección, ¡claro! Sí, soy fetichista. Todo coleccionista es fetichista y romántico. ¿Por qué sino dedicarse a una actividad tan fundamentalmente inútil?

El auténtico drama del Barroco fue tomar conciencia de que el hombre ya no podría alcanzar todo el conocimiento; los grandes descubrimientos científicos nos dejaban reducidos a espectadores de fragmentos de conocimiento. Hoy ya no podemos seguir experimentando el fragmento como un drama, ¿cree que su obra podría vincularse a este pensamiento?

Yo siempre he sido un romántico ensimismado, nunca un humanista. Nunca he pretendido poder abarcar todo el conocimiento. Me duele, sí, tengo que reconocerlo, no poder conocer todo lo existente de cuanto me interesa.

En su exposición presenta *Artíssimo! Película de citas*, de 2015, un film de 135 minutos, montado a partir de fragmentos de otras películas, como un collage, para el que ha estudiado más de 5.000 películas. Hoy, más que nunca, estamos en la cultura del fragmento y del collage, ¿podría hablarnos de esta película como experiencia artística y conceptual?
Afortunadamente, la idea de cortar y pegar se va incorporando a la “vida misma”. Me parece saludable, entre otras cosas porque se abandona la idea de “creación” y en consecuencia, la idea de dios y de su imagen y semejanza. La película es un discurso elaborado con fragmentos (citas) de otras películas, en las que se habla de los lugares comunes que el cine nos presenta cuando pretende retratar los mundos del arte



y de la literatura. Todos los que nos dedicamos al arte hemos oído o vivido alguna vez gran parte de los tópicos que aparecen en *Artíssimo!*. Es un ensayo en forma de gran collage para leer. La imagen funciona como ilustración. Precisamente para hacer hincapié en lo textual, estamos acabando un libro en el que aparecen las frases, creando un texto único en el que no hay imagen que pueda distraer la atención y poniendo más en evidencia, conceptualmente, el carácter directo y demoledor del discurso.

Dice que el desencadenante de *Artíssimo!* fue *El fascista*, doña Pura y el follón de la escultura, una

película de López Vázquez. ¿Podría explicárnoslo? ¿Hasta qué punto le pondría una “h” a (*H*)artíssimo!?, ¿tendría entonces un enfoque más existencialista?

Me apasiona el cine español del paréntesis 1965-1980. Es el retrato descarnado de un país culturalmente atrasado, con espejismos de desarrollo y modernidad y orgulloso de su ignorancia. La película “El fascista...” es posterior a la muerte de Franco. En ella, el personaje del alcalde, fascista que pronto cambiará de chaqueta, quiere hacerle un monumento al Caudillo. Es una película que cuenta muy bien las motivaciones del arte monumental que homenajea a un personaje histórico.



Una historia totalmente antigua y desfasada que, a pesar de su flagrante anacronismo, sigue vigente en nuestro mundo. Eso me hizo pensar en el papel del arte, pero no se por qué esa película fue el detonante. Aunque es cierto que el papel social del arte y mi papel social es algo que siempre me ha trastornado. En cualquier caso, a partir de ese momento empecé a fijarme en cómo se habla del arte y de la literatura en el cine y cada vez estaba más fascinado. Mi carácter obsesivo me ha llevado a pasar más de 3 años entregado a la búsqueda y captura de esos retazos que construyen el discurso de *Artísimo!*. He acabado extenuado, o sea, *(H)artísimo*, pero desde finales de octubre de 2015

tengo ya reunidas más de 30 películas con fragmentos que un día u otro espero poder incorporar a la edición corregida y aumentada de la película. Nunca he sido un militante de la vida pese a que la he disfrutado y sufrido con intensidad. Llevo ya algunos años que empieza a sobrarme. Efectivamente, como dice la rumba compuesta para el film, estoy "Hartísimo".

Es un artista muy valorado, ¿le preocupa agradar o no agradar?

Gracias, no sé si estoy muy de acuerdo con usted en lo de valorado. En cualquier caso, sí es cierto que hay bastante gente que aprecia mucho mi trabajo y lo agradezco muchísimo.

Seguramente, si se valora es porque soy incoherente y consecuente. Por lo tanto, como mi actitud sigue siendo la misma, no estoy preocupado por defraudar a la "afición". Trabajo para ellos. Si la factura del "producto final", agrada más o menos, no es lo que más me importa.

¿Cómo ve la situación del arte actual?

Bien, bien, el tiempo bueno. "Estamos ante una crisis de antirrealidad", cito a Jean Renoir, hace por los menos 50 años. Lo que han dado en llamar "arte social y/o político", el arte que hoy acapara las galerías, los museos e incluso el mercado, me parece de una ingenuidad que pasma. Estoy hablando de quienes actúan de buena fe y convencidos de que el arte puede ayudar a cambiar y mejorar las cosas. Si nos fijamos en quiénes lo hacen por moda o por llevarse el gato al agua, que me temo no son pocos, me parece una desfachatez tremenda. De todas formas, siempre ha habido, hay y habrá artistas que consideramos que el papel social del arte es otra cosa. O mejor, otras cosas: hacer compañía, inquietar, sugerir, alegrar, ilusionar, no dar soluciones, hacer preguntas, buscar, emocionar...

¿Cómo es la vida de un artista, como usted, en París?

Nos instalamos en París hace ya 10 años, huyendo del aire viciado de Carcalona, capital de Catatonya, y creo que es una de las decisiones menos desacertadas que he tomado en mi vida. Soy francófilo por herencia paterna y, gracias a la proximidad geográfica, por la necesidad de supervivencia cultural y vital durante los 25 años que viví bajo el franquismo. Mi vida, cuando mi enfermedad me permite hacer vida "anormal", es como en cualquier otra ciudad en la que puedo haber vivido. Ricos y enriquecedores paseos en busca de escenarios para mis recuerdos; lecturas, exposiciones, teatro y rock and roll. El cine siempre en casa. Y muchas horas entre grandes cantidades de objetos, libros, películas y discos, con el fin de rescatar alguno que pueda ser útil a mis propósitos. Pero en definitiva, todo se reduciría a: comer, beber y vivir lo mejor posible. Que ya es difícil, ¿no cree?